

"Vivir
de día"

Suplemento
"Informaciones" Madrid

AND, 90, 4, 1 1954

La difícil vida del escritor

Por **MIGUEL DELIBES**

MD

HACIA notar recientemente el agudo César González Ruano la dificultad que encierra para el escritor el cambio de género literario. A González Ruano, que posiblemente sea uno de los escritores de esta hora con más artículos periodísticos sobre los huesos, se le hacía enojoso volver a este ejercicio después de dedicar al teatro su actividad de una semana. Esto indica hasta qué punto el cerebro del escritor es una cosa poco dúctil, difícilmente adaptable.



Diríase que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree.

Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras tareas que nada tienen que ver con las bellas letras. Tal cosa sucede porque generalmente la pluma no le da al escritor para vivir, ni le dan, por sí solas, para vivir la otra u otras ocupaciones, no se sabe si principales o accesorias. En una sociedad bien organizada, el escritor debería vivir de su pluma, el profesor de su cátedra y el abogado de sus pleitos. Hoy no sólo no ocurre así, sino que un hombre, compaginando las tres cosas, apenas si sale adelante teniendo tras sí una familia modestamente numerosa.

Ya es un mal que un hombre desempeñe cargos que podrían desempeñar tres hombres, pero no lo es menos el esfuerzo que supone vaciar la cabeza de unas ideas cada dos horas para llenarla de otras ideas completamente distintas, supuesto que pretender alimentar todas al mismo tiempo es el principio del caos. Cuando un escritor se dedica casi exclusivamente a escribir artículos, un impulso inconsciente le da cuerda para las cuatro o cinco cuartillas que le son precisas. Otro tanto digo del escritor especializado en el cuento o en la novela. Casi diría que el grifo de las ideas se cierra automáticamente al alcanzar el tope. En el escritor hay un instinto que la rutina hace más sutil, que facilita su labor en tanto no se sale de los cauces habituales, pero que resulta contraproducente en el momento en que cambia de género. Ello explica que los ensayos del escritor de novelas respondan a una técnica de novela, y a una técnica de ensayo la novela del escritor de ensayos. Acabo de leer la única novela escrita por el filósofo Bertrand Russell, y ello me ha servido para reafirmarme en mi opinión.

La mayor dificultad para el escritor radica en oger el tono. Cada cosa requiere su tono, y de ahí que el cambio de género comporte un desasosiego. Uno piensa, en esos casos, que jamás volverá a escribir, porque ello significa un esfuerzo desproporcionado. En cambio, cogido el tono, uno podría escribir cuatro, seis artículos, dos o tres capítulos de novela seguidos, sin gran esfuerzo. Una extraña fluidez anima la pluma. Es el momento propicio para abordar la trilogía. Quiero decir con esto que una vez cogido el tono, es más meritorio economizar elementos que dar rienda suelta al loco torrente que nos desborda; es mucho más difícil hacer una novela corta que una larga. Lo peliagudo en ese momento psicológico, en cierto modo propicio, sería, para el novelista, escribir un artículo de periódico y para el articulista un capítulo de novela.

Esto nos lleva a la conclusión de que los escritores, como los médicos, deberían adoptar una especialización y no salirse de ella. Aunque tal vez de ese modo el escritor se esterilizase en una reiteración mecánica del tono y la medida. Uno no sabe ciertamente a qué carta quedarse, siquiera rehuya de antemano y por instinto lo que le procura un desgaste mayor. Es muy posible que en el esfuerzo esté no sólo la dignificación, sino la hondura, mientras en el trabajo fácil y rutinario no haya sido mediocridad. Sea como quiera, en España seguirá el escritor escribiendo un artículo por la mañana y un capítulo de novela por la tarde. Eso en el mejor de los casos. No olvidemos que en nuestro país son frecuentes los seres que pasan el día tras un mostrador, o a la vera de una ventanilla, para poder escribir sus versos o sus novelas por la noche, robándole horas al sueño.

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

	CORREO DE ANDALUCIA Sevilla	LAS PROVINCIAS Valencia	
	A B C Sevilla	LEVANTE Valencia	
	SEVILLA Sevilla	JORNADA Valencia	
	IDEAL Granada	MEDITERRANEO Castellón	
	PATRIA Granada	LA VERDAD Murcia	28 DIC. 1963
	SUR Málaga	LINEA Murcia	
	LA TARDE	INFORMACION	

Nada más que la verdad

"Vivir al día"

Por MIGUEL DELIBES

MD

TERMINO de leer las memorias de Von Ribbentrop, el embajador y ministro de Asuntos Exteriores de Hitler durante los años de la segunda guerra mundial y en los que inmediatamente la precedieron. No ignoro que mi lectura ha sido un poco tardía, mas el retraso ha sido deliberado supuesto que a la Historia es preciso alejarla si queremos comprenderla. De otro modo, el prejuicio y la pasión, sobre aguzar nuestra displicencia crítica, obnubilan nuestro cerebro cuando no le ofuscan por completo. Y lo primero que me ha sorprendido de esta lectura es la ponderada serenidad que se desprende de estos renglones, unos renglones escritos por un hombre en capilla y sobre una de las etapas más enrevesadas de la Historia de todos los tiempos. Pero dejemos esto aparte. Aquí no me interesa tanto la Historia como el aspecto meramente humano de la cuestión. Von Ribbentrop, en su libro, se esfuerza por probar que Alemania fue arrastrada a la guerra por la incomprensión de Londres y París. Es decir, todo lo contrario de lo que aspiran a demostrar Chamberlain, Churchill, Eden o De Gaulle en sus memorias o diarios también recientes, hecho que demuestra una vez más aquello del cristal de Campoamor. Y no voy a decir aquí que los argumentos esgrimidos por Ribbentrop sean todos convin-

centes pero sí que no le faltan, ni son siempre deleznable. Una cosa está clara, a saber, que la segunda guerra mundial — como casi todas las guerras mundiales o no mundiales — la desató el miedo, la desconfianza que en unos y otros exacerbó la cadena de pactos y contrapactos — de agresión, de ayuda mutua, de amistad, etc., etc. —, cadena que, a su vez, fomentó en cada dirigente responsable la sensación de cerco. Con la particularidad, manifiesta igualmente tras la lectura de la obra, de que estos pactos se los llevó el viento, se convirtieron en papel mojado tan pronto le convino a uno de los firmantes.

PERO hay aún otra cosa que se desprende de este libro — si comparamos su contenido con el contenido de los que escribieron los de enfrente — y es la confirmación de que en todo episodio dialéctico concurren tres verdades: la verdad de cada interlocutor y la verdad-verdad, es decir la verdad objetiva. En la pieza de Ribbentrop está la verdad alemana; en las de Churchill, Eden y De Gaulle la verdad aliada; más la verdad-verdad radica fuera de unos y otros aunque bajo las cubiertas de las memorias de todos se esconda una parte de ella. Alcanzar ésta queda al margen de la facultad y de ahí la enseñanza que destilan estos volúmenes. Quiero decir que las cosas

podrían embrollarse de nuevo y en el caso de que el conflicto diera supervivientes volverían a surgir libros de memorias con su partecita de verdad. Mas la verdad real, objetiva, sería que habríamos dejado un mundo en ruinas, inoperante para unos y para otros, con una parte de razón de nuestro lado, con otra parte de sin razón y con un mucho de ciego egoísmo intransigente.

EL libro que comento — y otros semejantes — recatan una provechosa lección: el hombre no debe tropezar nunca en la misma piedra. Y, sin embargo, dada la premura por sentar pactos y alianzas y zonas de influencia y etcétera, etcétera, se diría que el hombre — el de Oriente y el de Occidente — no experimenta deseos de escarmentar. Hoy se sigue jugando al mismo juego que en 1938. Y en el juego — dialéctico hasta el momento, afortunadamente — concurren, como siempre, tres verdades: la rusa, la occidental y la verdad-verdad. Y ante el tremendo estallido de 1939, resulta obvio que el hombre de hoy debe afanarse por buscar la verdad-verdad a toda costa, aunque no sea ésta precisamente la posición más cómoda por aquello de que siempre es más sencillo subirse a un carro en marcha que poner en movimiento otro que está parado.

TIRIOS Y TROYANOS

TENGO entendido que un deportista caracterizado ha sido borrado de la agrupación del viejo club a que perteneció y disuelta la peña que patroneaba al ofrecer sus servicios a otro equipo, rival de aquel en que de entrada militó. De aquí se deduce que estas cosas de la "eterna rivalidad", el "enemigo", el "adversario", no constituyen una mera fraseología deportiva, sino que portan dentro de sí—al menos, en este país—un auténtico sentido de hostilidad. Hoy día, a lo que se ve, en España todavía no es admisible que un atleta se pase a las filas de enfrente, y su actitud, de decidirse a adoptarla, será interpretada no ya como una displicencia, sino, ni más ni menos, como una traición. Y ya es sabido que en esta vieja Celtiberia la traición se paga con la vida o con un cerco de desdenes e incomprensiones a menudo más desconsolador y doloroso que la propia muerte.

Y si esto acontece en el terreno deportivo y en la ciudad más culta de España, sobran razones para echarse a temblar. Porque la historia del país—de puertas adentro—es un repertorio escalofriante de pasiones incontenidas, un enfrentamiento constante entre tirios y troyanos, con la particularidad de que estos enfrentamientos muy rara vez se mantuvieron en la esfera dialéctica, sino que, desbordando toda contención juiciosa, derivaron inevitablemente hacia una pretensión de hegemonía, previo arrasamiento, claro, del "eterno rival". Y así, nuestra historia íntima se va tejiendo con hilos

de violencia, y su perspectiva brinda un abigarrado chafarrinón en el que, sin disputa, es el color rojo el que predomina.

Doblado el siglo XX, parece llegada la hora de que los españoles reflexionemos sobre este punto, a saber: que si la sangre caliente nos valió no pocos éxitos en una etapa histórica en la que prevalecía el corazón, ahora que el cerebro se impone, aquélla no nos servirá para gran cosa; en el mejor de los casos, para obnubilarnos y precipitar nuestras decisiones. De aquí que la intransigencia ibera no sea, en contra de lo que algunos pretenden, fruto de la leyenda negra, ni tampoco, como otros sugieren, envidiable cualidad, fuente de nuestras glorias y grandezas. De la intransigencia al fanatismo no hay más que un paso, y ya sabemos que las más torpes y sangrientas páginas de la historia de todos los tiempos y de todos los países fueron escritas por fanáticos.

Y el caso es que el español, uno a uno, se muestra mollar y transigente; repudia con toda su alma la intolerancia. El español, uno a uno, aspira a encarrilarse por las vías de la comprensión y la convivencia. No obstante, el español es hombre de tertulia, de grupo, de capillita, y una vez inserto en aquéllos o enrolado en ésta, adquiere indefectiblemente una nociva conciencia gregaria. Sus fobias y sus filias son las fobias y las filias de su equipo, y ya es sabido que las fobias alimentadas en equipo, las fobias, digamos, institucionales, al menos

en este país, suelen tener un final cruento.

Sin duda, está lejana la época en que la espada abría camino a la cruz o se imponía un rey a cañonazos. Uno a uno, los españoles estamos persuadidos de que nuestra convivencia únicamente tendrá una base estable el día que nuestro esquema de ideas pueda ser confrontado pacíficamente con otro esquema de ideas para extraer de esta confrontación conclusiones provechosas no sólo para los tirios, sino también para los troyanos. Y el día que un tirio sea capaz de erigir una estatua a un troyano, y tirios y troyanos respeten este monumento, podrá decirse que el país en que esto suceda ha alcanzado la madurez y el pueblo que lo habita es un pueblo civilizado.

Esto, repito, que constituye el abecé de la democracia verdad y que es admitido por el 80 por 100 de los españoles aisladamente, se echa a rodar tan pronto el tirio o el troyano se polarizan y empiezan a nutrirse no ya con las sugerencias o ideas del sentido común, sino con las sugerencias e ideas—pétreas, inmovibles—del grupo a que pertenecen. Y si hoy día, para tomar la temperatura del pueblo español, no podemos guiarnos sino de indicios, este que comento no puede ser más doloroso y decepcionante. Quiero insinuar que si doblado el siglo XX—doblado en su mitad, se sobrentiende—no estamos dispuestos a tolerar ni que un deportista, en plena euforia del profesionalismo, cambie los colores de su camiseta, Dios nos coja confesados.

Miguel DELIBES



El matador de conejos número uno

A través de un artículo del admirado y admirable José Pla me entero del fallecimiento, en Francia, del doctor Armand Delille, el matador de conejos número 1; es decir, el hombre que mediante un par de inyecciones exterminó la población conejera de toda la Europa occidental. El lector avisado ya habrá advertido que me estoy refiriendo al importador e iniciador de la mixomatosis en el viejo continente, enfermedad que, pese a los optimistas augurios de los entendidos, continúa en plena virulencia, sembrando cada otoño nuestros montes de grises cadáveres, sin que hasta el momento, que yo sepa, se haya acertado con una vacuna operante y eficaz. Es decir, nuestros conejos siguen a merced de la peste y la pretendida resistencia al virus no acaba de manifestarse.

Ante un hombre que ha ocasionado tanto daño, me sorprende la actitud generosa y comprensiva que adopta José Pla en el artículo que comento. Pla se muestra tan liberal, que incluso atribuye a Delille el don de la sabiduría—no por su conducta para los conejos por supuesto—, y para demostrarlo cita un repertorio de condecoraciones con que el provento doctor fué distinguido en diversas ocasiones de su vida. No es éste el momento oportuno para discurrir sobre el realce que una medalla pueda atribuir a la persona portadora—cosa muy discutible—, aunque sí para poner en duda dos de las afirmaciones que hace Pla en su generosa neerológica y que, a mi entender, se excluyen mutuamente. Pla asegura no sólo que Delille fuese una buena cabeza, sino que el hecho de erigirse en verdugo de los gazapos europeos se debió a una pura casualidad. El doctor Delille pensó que inoculando la mixomatosis a un par de roedores exterminaría solamente los conejos de su finca, ya que la misma estaba preservada por una tapia. Tal idea sólo cabe en una mente infantil, en primer lugar, porque el doctor conocía el arma con que jugaba (la mixomatosis había arrasado ya vastas extensiones de Australia y

del continente americano), y en segundo, porque hasta los niños de tres años saben que de poco sirven las bardas de protección de una finca para con los conejos. Las madrigueras de los conejos ahondan en el subsuelo, se prolongan metros y metros y nada más sencillo para ellos que abrir la boca de la hura a un lado de la tapia y buscar la salida por la otra. Media hora le es suficiente a un conejo para realizar esta operación. Y si el doctor Delille tenía tantos en su propiedad que llegaron a obsesionarle, ¿cómo iba a ignorar esto, que lo saben hasta los chicos? Por otro lado, ¿cómo estando informado de la devastación australiana podía desconocer el doctor que para que la mixomatosis se propague no es preciso el contacto directo, sino que basta con que un insecto pique a un ejemplar sano después de haber picado a otro enfermo? En suma, uno se teme que el finado doctor Delille—q. g. h.—, guiado por el egoísmo, no pensó más que en su propio provecho, en el "después de mí, el diluvio", tan prodigado en nuestra época. Y una de dos: o la cabeza del doctor no era lo que se dice una buena cabeza (o quizá lo fué y al realizar su hazaña ya empezaba a chochar) o los resultados de su experimento no pudieron sorprenderle.

Por otra parte, tal vez Pla desconoce que la última de las medallas que le colgaron del pecho al doctor Delille fué precisamente por los beneficios que su acto—la inmolación de los conejos europeos—reportó a la agricultura gala. Fué éste un hecho anómalo e increíble, supuesto que Delille del banquillo de los acusados pasó a ser un benefactor de la humanidad, distinguido y hasta condecorado; es decir que, por una de esas caprichosas fintas en que también es pródiga nuestra época, el doctor de marras, en lugar de con una condena salió del expediente con una medalla. Extraño, sinuoso curso el de este proceso de un hombre que, benefactor o no, a los cazadores de este rincón del mundo nos ha hecho la pascua.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
63

P. 140

DE LUCIA	Sevilla	DIARIO DE CADIZ	Cádiz
A B C	Sevilla	ODIEL	Huelva
SEVILLA	Sevilla	JAEN	Jaén
IDEAL	Granada	YUGO LA VOZ DE ALMERIA	Almería
PATRIA	Granada	AYER LA VOZ DEL SUR	Jerez de la Frontera
SUR	Málaga	AREA	La Línea de la Concep.
LA TARDE	Málaga	HOY	Badaioz

4 FEB 1964

Vivir al día

**Colaboradores
de IDEAL**

MD

Tasas y otros emolumentos

Por MIGUEL DELIBES

P. 140

El ministro de Información y Turismo, en su ampliación del Consejo celebrado el pasado día diez, anuncia la mejora de retribuciones de las fuerzas militares mientras condiciona esta mejora a los funcionarios públicos en razón de que éstos perciben además del sueldo, tasas y otros emolumentos. He aquí un concepto, el de las tasas, excesivamente vago y desigual que si a veces supone, en efecto, un sensible aumento de los haberes mensuales, en otros no va más allá de una partida simbólica. Quiero decir con esto que las tasas no son sino una tapadera que si en ocasiones encubre los verdaderos y pingües ingresos de los miembros de un escalafón, en otras —me temo que en las más— no significa sino un argumento utilizado con frecuencia para frenar las justas aspiraciones económicas de los funcionarios públicos.

Es claro que uno no tiene a mano cifras concluyentes para argumentar con fundamento de causa en todos los terrenos, pero tampoco le faltan algunos botones de muestra que conviene airear para que nadie se llame a engaño. Uno de ellos es el de los catedráticos de Escuelas de Comercio, cargo que se alcanza, como es sabido, tras de licenciarse en alguna Facultad o Escuela Especial y previa oposición realizada a través de seis ejercicios eliminatorios. Pues bien, estos funcionarios, de capacidad manifiesta, tienen, de entrada una retribución que no alcanza ni con mucho el salario mínimo vital; para concretar, 1.450 pesetas. «Sí, verdaderamente esto es poco —argüirá el lector— pero ¿y las tasas y otros emolumentos?». Vayamos a las tasas y otros emolumentos: 900 pesetas de gratificación complementaria y un año con otro, 1.250 pesetas mensuales de derechos obvencionales. Peseta más, peseta menos, esto hace un total de 3.600. Y hablo de catedráticos de Escuelas de Comercio, unos privilegiados si comparamos su situación con la de los catedráticos de las Escuelas de Maestría Industrial. Total, que si hace diez o doce años los ingresos de un catedrático de estas especialidades corrían parejos con los de un teniente, hoy no alcanzan los de un sargento y para acercarse a aquéllos —los de un teniente— el profesor ten-

drá que hallarse en la punta del escalafón, es decir, en trance de jubilarse. Todo esto, por supuesto, antes de las mejoras que ahora se anuncian.

Otros aumentos que razona el señor ministro de Información son los de la Guardia Civil y Policía Armada, aumentos perfectamente justificados y contra los que nada tendríamos que objetar si, a la vez, se anunciaran los de la guardería forestal y fluvial, incrementos que no se acuerdan, según parece, porque también éstos —funcionarios públicos— disponen de tasas y otras gabelas—, tras pasar unos años en una Escuela de Capataces e ingresar en el Cuerpo en competitiva oposición: Haberes mensuales, 800 pesetas; gratificación, 175; punto reglado, 250. Total 1.225 pesetas mensuales si no yerro en la suma, cifra que, como se ve, apenas alcanza las cuarenta pesetas diarias cuando son sesenta las fijadas hace ya más de un año por el Jefe del Estado como salario mínimo vital.

Sería malevolencia tratar de buscar en estas líneas deslices demagógicos cuando sólo están dictadas por un estricto espíritu de justicia. Es decir, que uno aplaude de corazón las mejoras económicas aprobadas para las Fuerzas militares, pero no puede menos de reprobar la objeción de que otros aumentos —de apretada urgencia— se demoren apelando al evasivo argumento de las tasas y otras gabelas. Se deducirá que los civiles —y en particular, los catedráticos— pueden echar mano del pluriempleo, pero sería engañarnos si admitiésemos que la milicia está libre de esta lamentable exigencia.

En suma, las tasas encubren con frecuencia, es cierto, sobresueldos de seis cifras y esto es irritante; pero tratar de amparar bajo esa tapadera sueldos de hambre resulta evidentemente injusto. Tal vez, a la vista de lo dicho, lo más prudente y equitativo sería suprimir las gratificaciones, masitas, mandos, obvenciones, viviendas, puntos reglados, etc. y fijar unas retribuciones únicas, conocidas y decorosas para todos los funcionarios del país, sean estos militares o paisanos.

(Colaboración LOGOS. Prohibida la reproducción.)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

P. 140

	LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra	
	EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo	
	FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo	
	EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo	
10 ABR. 1964	EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón	
	LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón	
	EL CORREO GALLEGO	LA VOZ DE AVILES	

ACOTACIONES

P. 140

PARTIR DE CERO

"Vivir al día"

Por Miguel Delibes



CON la Universidad española venía ocurriendo algo parecido a lo que alguien dijo de los manicomios, es decir que ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Más concretamente, hace muy pocos lustros, bastaba en el país disponer de cuatro perras gordas para alcanzar un título facultativo y hasta tal punto esto era cierto, que entre las clases privilegiadas circulaba como "slogan" fidedigno, aquello de que en España todo el mundo era abogado mientras no se demostrara lo contrario. Esta realidad ofrecía una amarga contrapartida, a saber que para aquel que no dispusiese de cuatro perras gordas, la Universidad era algo tan lejano como un yate o un automóvil; digamos, para mejor entendernos, que la ilustración en este país era un artículo de lujo, dándose la paradoja de que los diplomas acreditativos del talento se compraban y se vendían, con lo que para ser calificado de intelectual --licenciado-- no era preciso tanto tener inteligencia como tener dinero. De aquí derivaban dos males endémicos: a la Universidad arribaban con frecuencia adinerados sin masa gris en tanto los desheredados con ella quedaban perpetuamente anclados a su condición de peones o de braceros.

Afortunadamente algo ha cambiado en los últimos tiempos en

la Universidad, de forma que ya si van siendo todos los que están siquiera aún falta que estén todos los que son. Quiero decir que si hoy el dinero, el simple hecho de ser uno un señorito, no le da derecho a un título universitario --y eso está bien-- todavía el talentado económicamente débil ha de mendigar aquí y allá --si es que alguien de cuantos le rodean advierte a tiempo sus dotes naturales-- para tener acceso a la ilustración. En una palabra, en este aspecto de la enseñanza algo se ha conseguido pero aún queda el rabo por desollar. Y si hoy no bastan unos billetes para comprar un título de intelectual, no menos obvio resulta que sin billetes por medio apenas hay procedimiento hábil de probar oficialmente --y menos aún de que se nos reconozca-- una inteligencia.

--Mire usted, siempre hubo ricos y pobres. Eso no es descubrir el Mediterráneo.

Esto es bien cierto y, posiblemente, irremediable, pero lo que sí tiene remedio, y a ello vamos, es a desarraigar los privilegios de casta, es decir, a que sea rico --o medio rico-- quien lo merezca y a que sea pobre quien no pueda alcanzar otra cosa. A estas alturas, es un elemental principio de justicia el que cada hombre parta de cero y se realice conforme a sus posibilidades

intelectuales sin trabas ni cortapisas. Mas, aparte de ser esto justo, una sociedad medianamente organizada no tiene derecho a dilapidar talentos sino al contrario, contrae la obligación de situar a sus miembros en aquellos puestos para los que se muestren capacitados. De esta manera el funcionamiento del cuerpo social será perfecto y el rendimiento del mismo eficaz. Se trata, en suma, no de hacer caridad, sino de una noble exaltación del egoísmo comunitario que busca el modo de extraer el máximo provecho de cada uno de sus componentes.

Sería de desear que en este camino emprendido por el principio de igualdad de oportunidades, se llegase a prescindir de trámites burocráticos --¡cuántos padres de muchos presuntos intelectuales no saben ni firmar!-- y se llegara a un automatismo fluido entre los diversos grados de la enseñanza de forma que cada cual se detuviera allí donde se demuestre que no puede pasar. Es evidente que de conseguirse esta meta, dadas la abnegación y el espíritu de renuncia y el sentimiento de equidad ahincados en nuestro pueblo, todo aquello de la cuestión social y la lucha de clases, pasaría, en poco tiempo, a ser un recuerdo histórico.

FUNCIÓN SOCIAL Y LA LUCHA DE CLASES, PASARÍA, EN POCO TIEMPO, A SER UN RECUERDO HISTÓRICO.

P. 140

LA GACETA DEL NORTE Bilbao	PENSAMIENTO ALAVES Vitoria	
EL CORREO ESPAÑOL EL PUEBLO VASCO Bilbao	DIARIO DE NAVARRA Pamplona	
HIERRO Bilbao	PENSAMIENTO NAVARRO Pamplona	
DIARIO VASCO San Sebastián	ARRIBA ESPAÑA Pamplona	
LA VOZ DE ESPAÑA San Sebastián	NUEVA RIOJA Logroño	
UNIDAD San Sebastián	HERALDO DE ARAGON Zaragoza	16 ABR. 1964

La misión del entrenador

el Vivir al día
MD

Por Miguel DELIBES

(Exclusivo para HERALDO DE ARAGON)

PARA Alfredo di Stéfano, el gran divo madridista, el entrenador de un equipo de futbol tan sólo influye en sus éxitos en un diez por ciento, siendo, en cambio, atribuibles a su impericia, el cuarenta por ciento de los fracasos. A lo que se ve, el ariete madridista, concede al entrenador muy poca influencia en la marcha del conjunto y si nos atenemos a sus arbitrarios porcentajes, un preparador está siempre más expuesto a perder que a ganar. En realidad, es muy difícil precisar la participación de los entrenadores en los vaivenes de los equipos a sus órdenes y puestos a medirlos apenas si podemos concretar un extremo: para la hinchada el entrenador es responsable en un cien por ciento de los descalabros del conjunto, y lo demás son ganas de especular y de enredar las cosas.

Mas el tema es sugerente si lo planteamos en estos términos: ¿Hasta qué punto un entrenador puede comunicar a sus muchachos sus conocimientos, su concepción de la jugada, su sentido de la táctica y de la estrategia futbolísticas? ¿Es posible que un mal defensa pueda entrenar a un buen delantero o un mal delantero a un buen defensa? O, por el contrario, ¿sería capaz un buen defensa de hacer mejor a un mal delantero y a la inversa? Uno, la verdad por delante, no cree que estos dones sean comunicables, es decir, y hasta cierto punto, un futbolista, como un poeta, nace y no se hace. Cosa diferente es que, una vez en sazón, el entrenador se las ingenie mejor o peor para conservarle en forma; quiero decir en forma física, con sus reflejos sensibles, sus músculos potentes, sus pulmones capaces y sus miembros ágiles. De esto a pretender que un defensa —bueno o malo— enseñe a tirar a puerta a un delantero o un delantero a sujetar la pelota a un guardameta media un abismo. Sencillamente, no creo en ello.

Hubo un hombre, enviado de Francia, llamado H. H., que revolucionó todo este asunto del futbol teórico. Las tácticas, las pizarras magnéticas, la disposición defensiva a ultranza —el famoso cerrojo— se pusieron de moda con su advenimiento. Por entonces nadie hubiera osado sentar plaza de entrenador sin saber hilvanar cuatro frases en torno a la uve doble y a la eme y a los 3-3-4 y a los 4-3-3. A partir de entonces el deporte del futbol empezó a convertirse en una ciencia o, lo que es lo mismo, se enmendó la plana a los ingleses y aquello del 2-3-5 se convirtió en un 3-2-5 cuando no en un 4-4-2. En suma, se aspiraba a convertir el futbol en una cosa distinta de lo que hasta entonces había sido imprimiéndole un extraño viso matemático.

Afortunadamente, esto va pasando, como todos los sarampiones, y las aguas van tornando a su cauce. ¿Que por qué el señor H. H. sigue triunfando? Sencillamente porque aparte de ser un excelente preparador físico, su aureola de mago sí es contagiosa y nada como saberse a las órdenes de un mago para imaginarse invencible, para que la moral del conjunto suba muchos enteros. Y aquí sí habrá que reconocer que Alfredo di Stéfano se ha quedado corto, porque el influjo del entrenador en la moral de sus muchachos es evidentemente decisivo. A este respecto bien podemos decir que la "furia" de un equipo es la "furia" de su entrenador, el entusiasmo de un equipo es el entusiasmo de su entrenador, la tenacidad de un equipo es la tenacidad de su entrenador, de donde deducimos que el alma de un equipo es el alma de su entrenador. Esto quizá explique mejor que nada el fracaso de geniales jugadores —pero fríos y cerebrales— al operar desde la banda y, por el contrario, los grandes, inesperados éxitos de jugadores mediocres, semianalfabetos, que acertaron a poner su corazón debajo de las once camisetas que evolucionaban a sus órdenes.

(Colaboración "Logos". Prohibida la reproducción)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

"Vivió al día"

Los cargos y los hombres

A uno, la verdad por delante, nunca se le hubiera ocurrido pensar que entre los bienes codiciables por el prójimo pudiera contarse el señor alcalde de la población donde uno nació y reside. Le ha bastado, sin embargo, un corto viaje por diversas ciudades españolas, desazonadas con todo esto de los polos y del desarrollo, y a usted le toca mucho y a mí no me toca nada, para convencerse de lo contrario:

—¡Eso es un alcalde y lo demás son cuentos!

—Sí, señor; hombres así son los que necesita el país.

Uno convenía modestamente:

—Sí, sí, evidentemente es un hombre que se mueve.

—¡Cómo! ¿se mueve? Y tiene iniciativas, y hace cosas que entran por los ojos, y empuja en Madrid y les está cambiando a ustedes la ciudad...

Uno, la verdad por delante, se acobardaba ante tanto elogio porque a un alcalde, se quiera o no, uno ha de considerarlo un poco como cosa propia y familiar. Es diferente que un gobernador civil o un delegado de sindicatos, pongamos por caso. Pero un alcalde, repito, es como de casa, y ya es sabido que cuando a uno le elogian sus hijos, o sus obras, o su corbata, así de sopetón, y achuchando, no es fácil evitar el sofoco.

Pero, bien mirado, el alcalde de mi ciudad es uno de esos "aborrecibles hombres de las nueve" que tanto precisa el país; o para ser más exacto, un hombre de su tiempo, dinámico y eficaz. Esto, naturalmente, no quiere decir que "su tiempo" no dé otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, ni, por supuesto, que este otro tipo de hombres, poco dinámicos y eficaces, no se encaramen más arriba que el alcalde de mi ciudad.

—Bueno, eso es cosa sabida. Lo da la tierra.

Lo que queda por saber es por qué a la hora de elegir hombres para los cargos —los hombres nacen para los cargos; nunca deben nacer los cargos para los hombres— que requieren dinamismo y eficacia, se repara antes que en el hombre inquieto, agudo y emprendedor, en aquel otro, con facetas más o menos meritorias y dolientes, pero que al cargo —al cargo para servir, no para vestir— no le van.

A estas alturas, resulta obvio que si aspiramos a un buen pasar en el orden administrativo, habrá que

ir pensando en la conveniencia de elegir para cada puesto al hombre más adecuado, sin reparar en sus avatares ni en sus cicatrices. Este es un asunto, creo yo, que no tiene vuelta de hoja. Al buscar al hombre que sirva a la comunidad, nunca deben pesar en nuestro ánimo sus desdichas. No se trata de compensar a nadie de las amarguras sufridas —para eso están las medallas—, sino de encauzar la administración del país por unas vías operantes y plausibles.

Don Miguel de Cervantes, ilustre ex combatiente y ex cautivo, hubiera hecho, muy probablemente, un pésimo alcalde, lo que equivale a decir que nos hubiera fastidiado directamente y de rechazo, ya que de ser alcalde don Miguel, muy posiblemente don Quijote no hubiera salido del tintero.

Cuando uno propugna la conveniencia de que todo hombre se realice partiendo de cero, no le mueve solamente un prurito de equidad social, sino el egoísmo como miembro de una comunidad; que la colectividad esté mejor servida; que la sociedad rinda cuanto pueda. Pues bien, en este asunto de los cargos —que deben ser cargas— uno piensa que debiera regir la misma ley. Y si existen hombres municipalmente incompetentes, provincialmente incompetentes, o nacionalmente incompetentes, sustitúyanse por otros cuyo rendimiento y eficacia se presuman. Uno no cree demasiado difícil el acertar con este tipo de hombres, la verdad. Y el alcalde de mi pueblo es un ejemplo.

—Así que ¿contento con su alcalde?

—Mire, para mí este señor sólo tiene una pega: que su sueño dorado sea hacernos una urbe de medio millón de habitantes.

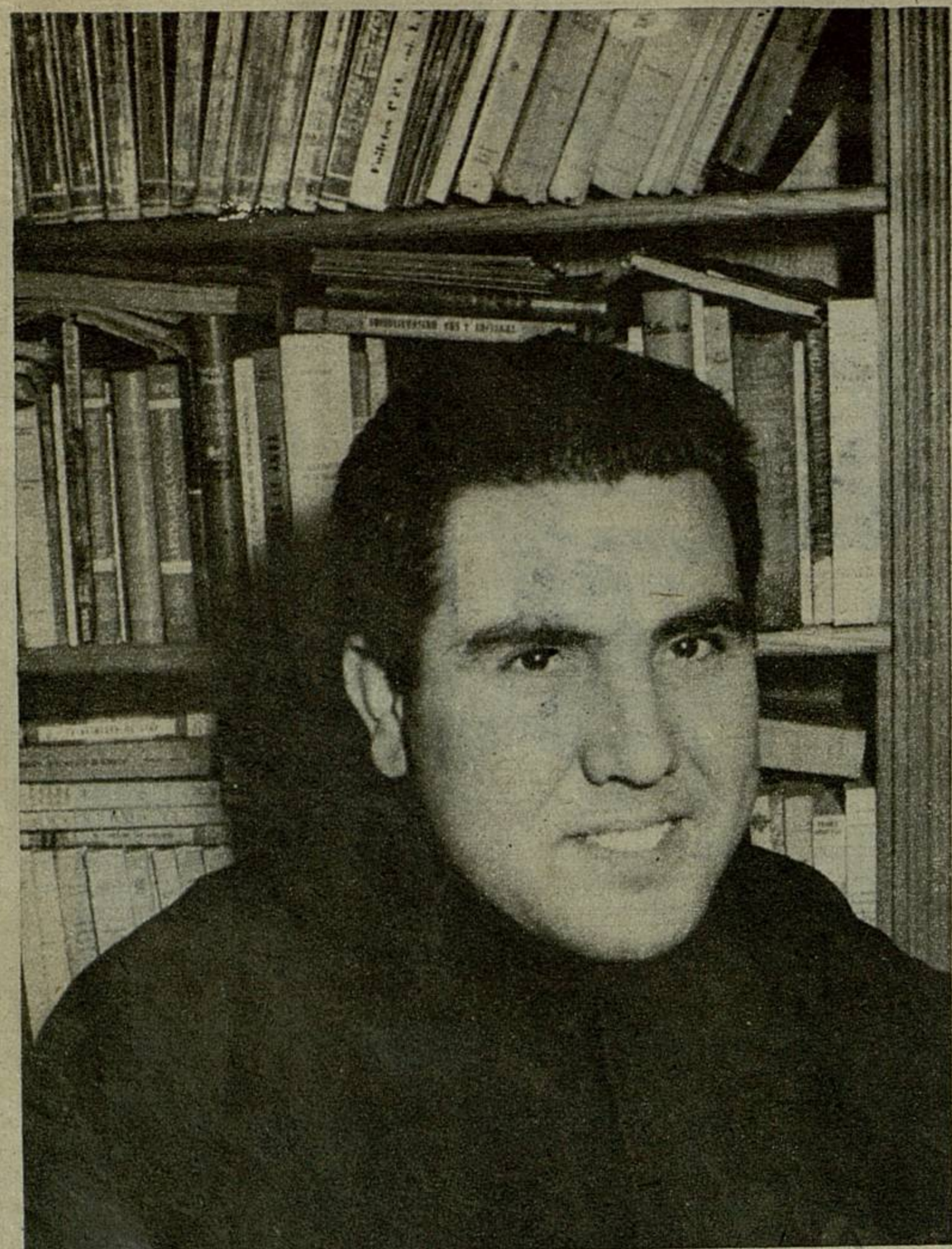
¿Y eso es malo?

—Ni bueno, ni malo, pero a decir verdad yo me conformaría con que consiguiera que los habitantes que hoy tiene mi ciudad vivieran satisfechos y felices. ¿Para qué más?



Miguel DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



El Premio Eugenio



MIGUEL DELIBES, PREMIO NADAL 1947, ENTREVISTA EN VALLADOLID, AL PADRE MARTÍN DESCALZO, PREMIO NADAL 1956, UN FRATERNAL ABRAZO PRELUDIA LA ENTREVISTA

El jurado otorgó cinco votos a «LA FRONTERA DE DIOS» y dos a «CENTRAL ELECTRICA», de Jesús López Pacheco

AL constituirse en sus funciones el Jurado Calificador del Premio de Novela Eugenio Nadal 1956, manifiesta su vivo sentimiento por la dolencia que al miembro fundador del mismo, don Ignacio Agustí, no ha permitido participar en las tareas de lectura y selección de las docenas de novelas participantes al concurso del presente año, y agradece la suplencia del novista don José María Espinás, quien ha aportado a esta labor el entusiasmo que, desde su fundación, aúna los esfuerzos de los componentes de este Jurado.

A las veintidós horas del día 6 de enero de 1957, constituido el Jurado por don Juan Teixidor, don José Vergés, don Juan Ramón Masoliver, don Néstor Luján, don Sebastián Juan Arbó, don José María Espinás y don Rafael Vázquez Zamora, secretario, y después de un cambio de impresiones sobre las obras presentadas, se acuerda el comienzo de las votaciones según las bases establecidas en la convocatoria del concurso.

En la primera votación se obtienen los siguientes resultados: «Los clarines del miedo», de Ángel M. de Lera, siete votos; «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco, siete votos; «La frontera de Dios», de Jesús López Pacheco, seis votos; «Singladura», de Pedro de Escalante, seis votos; «Las horas», de Jorge C. Trulock, cuatro votos; «Sociedad Anónima», de Pedro Espinosa, tres votos. Queda por tanto eliminada esta última obra, y pasan a la cuarta votación las novelas de Jesús López Pacheco, José

Luis Martín Descalzo, Ángel María de Lera, Pedro de Escalante y Jorge C. Trulock.

En esta cuarta votación los votos se distribuyen de la siguiente forma: «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco, siete votos; «La frontera de Dios», de Jesús López Pacheco, siete votos; «Los clarines del miedo», de Ángel M. de Lera, siete votos; «Las horas», de Jorge C. Trulock, cuatro votos; «Singladura», de Pedro de Escalante, tres votos. Eliminada la última de estas obras, pasan a la quinta votación las de Jesús López Pacheco, José Luis Martín Descalzo, Ángel M. de Lera y Jorge C. Trulock.

En la quinta votación obtienen: «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco, siete votos; «La frontera de Dios», de Jesús López Pacheco, siete votos; «Los clarines del miedo», de Ángel M. de Lera, seis votos; «Las horas», de Jorge C. Trulock, un voto. Al ser eliminada la última de estas obras, pasan a la sexta votación las de Jesús

López Pacheco, José Luis Martín Descalzo, y Ángel M. de Lera.

En la sexta votación se obtiene el siguiente resultado: «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco, cinco votos; «La frontera de Dios», de José Luis Martín Descalzo, cinco votos; «Los clarines del miedo», de Ángel M. de Lera, cuatro votos. Queda por tanto eliminada esta última obra y pasan a la séptima votación las de Jesús Pacheco y José Luis Martín Descalzo.

En la séptima y última votación se obtiene el siguiente resultado: «La frontera de Dios», de José Luis Martín Descalzo, cinco votos; «Central eléctrica», de Jesús López Pacheco, dos votos.

Se otorga, pues, el Premio Eugenio Nadal 1956 a la novela, de José Luis Martín Descalzo «La frontera de Dios».

Barcelona, 6 de enero de 1957. Firmados: Juan Teixidor Comes, José Vergés Matas, Juan Ramón Masoliver Martínez, Néstor Luján Fernández, Sebastián Juan Arbó, José M. Espinás Masip y Rafael Vázquez Zamora.



El Jurado: De izquierda a derecha, Juan Ramón Masoliver, Juan Teixidor, Néstor Luján, Sebastián J. Arbó, José María Espinás, José Vergés y Rafael Vázquez Zamora

DESPUES de seguir una a una las votaciones del Nadal 1956 me he reafirmado en el convencimiento de que también la maltratada literatura puede dar sus cardiacos. Este es el lado malo de estas eliminatorias cuantitativas, de un acentuado sabor futbolístico. Tamafía sorpresa ya empezó a roerme allá por el año 48, cuando uno no era sino aspirante al Premio Nadal, y el premio Nadal, a su vez otro aspirante al Premio Nadal, con mayúsculas, que ha llegado a ser hoy, después de su XIII edición. Por lo que atañe a éste, las cosas empezaron a enredarse sobre las doce de la noche — y me refiero a Valladolid, tan afortunado en este gordo de las letras españolas —, hora en que Radio Nacional de Barcelona se desentendió, al fin, de la interferencia de una emisora extranjera y dejó oír claramente que «La frontera de Dios», del padre Martín Descalzo, marchaba lanzada hacia el triunfo. Quedaban en liza aún cinco contrincantes, mas «La frontera de Dios» caminaba bien arropada en una esperanzadora unanimidad del jurado. Conocía la novela del padre Martín, la que, por encima de toda posible objeción técnico-literaria, desarrollaba un tema nuevo, de una fuerza sobrecogedora, que no invita precisamente a reparar en zarandajas de construcción o fórmulas expresivas.

(En puridad conocía la novela del padre Martín Descalzo desde cuatro años atrás, los mismos años que hace que me conozco a él. Esto equivale a decir que mi amistad con el padre Martín Descalzo es ya casi una vieja amistad, una antigua, proverbial amistad. El padre Martín Descalzo arribó a Valladolid de misceláneo allá por marzo del 53. Entonces me presenté a él y hasta le hice una caricatura. Existía un sólido motivo entrañable. José Luis cantaba misa el mismo día y en la misma ceremonia que su tío Francisco, el cura viejo, celebraba sus Bodas de Oro con el sacerdocio. Pues le hice la caricatura y a su tío también. Luego guardé el lapicero y el padre Martín Descalzo empezó a hablarme de muchas cosas y con mucho fundamento, lo que me hizo sospechar que el padre Martín Descalzo sabía efectivamente muchas cosas. Y una de las cosas que me contó fué el argumento de «La frontera de Dios», que entonces, aún en la nebulosa, no se llamaba «La frontera de Dios», sino «No queremos milagros en el pueblo». La idea me impresionó. Entonces me dije que la escribiría el día que tuviese tiempo. El padre Martín Descalzo no tuvo tiempo, como es sabido, hasta tres años más tarde. Más arriba dejé dicho que el padre Martín Descalzo arribó a Valladolid el año 53. Precisemos. Cuando el padre Martín Descalzo arribó por primera vez a Valladolid aún no era padre. El vallisoletanismo del nuevo Nadal es asunto viejo, asunto de bisabuelos. Los padres proceden de La Parrilla y Navarra del Rey — buena tierra de vino —, proteccion villas pincianas. Esto no quita para que, hilando más delgado, hagamos un expreso reconocimiento de la patria chica del galardonado: Madridejos (Toledo). A cada cual lo suyo, y no armemos cuestiones.)

Cuando Radio Nacional redujo a cuatro los candidatos, uno de ellos el padre Martín Descalzo, mi mujer aconsejó, como medida discreta, despertar al concursante. Para ello hablamos de servirnos de un tercero, su tío Francisco, el cura, cuyo teléfono utilicé hasta anteayer para ponerme al habla con el padre Martín Descalzo. Era ya la una menos cuarto, pero no vacilé. Llamé insistentemente, violentamente, en vano. Entonces resolvimos despertar al hermano del concursante, el abogado don Antonio Martín Descalzo. Aquí el teléfono apenas dió dos timbrados. Se estableció un diálogo cortado, casi eléctrico:

—¿Qué pasa?
—José Luis... Va lanzado hacia el Premio.
—Yo también estoy a la escucha.
—¿Cómo lo ves?
—De primera. ¿Se le podría avisar?

Nadal 1956 a «La Frontera de Dios»

—Hace unos días le pusieron teléfono; el 6737.
—Gracias.

A poco, Radio Nacional de Barcelona interrumpió su deslumbrante descripción de los salones de Hotel Oriente en noche de gala para comunicar los resultados de la nueva votación. «La frontera de Dios» seguía con siete votos. Pero «Central eléctrica» seguía, asimismo, con siete votos. Llamé al padre Martín. También él estaba a la escucha. También a él, con mayores derechos que nadie, se le ahogaba con un pelo. No hicimos otra cosa que intercambiar nervios. Por la tensión de los míos calculaba yo la suya. No íbamos a ninguna parte. Colgué. Entonces traté de desfogarme despertando al fotógrafo Cacho, titular de «El Norte de Castilla», para decirle que estuviese dispuesto para un servicio. El hombre hablaba como contristado. Tenía sueño. No digería lo del Nadal. No debía saber a ciencia cierta de qué se trataba. Le silabé dos veces que se trataba del Premio Nadal y que tenía la coronada de que iba a «caer» de nuevo en Valladolid.

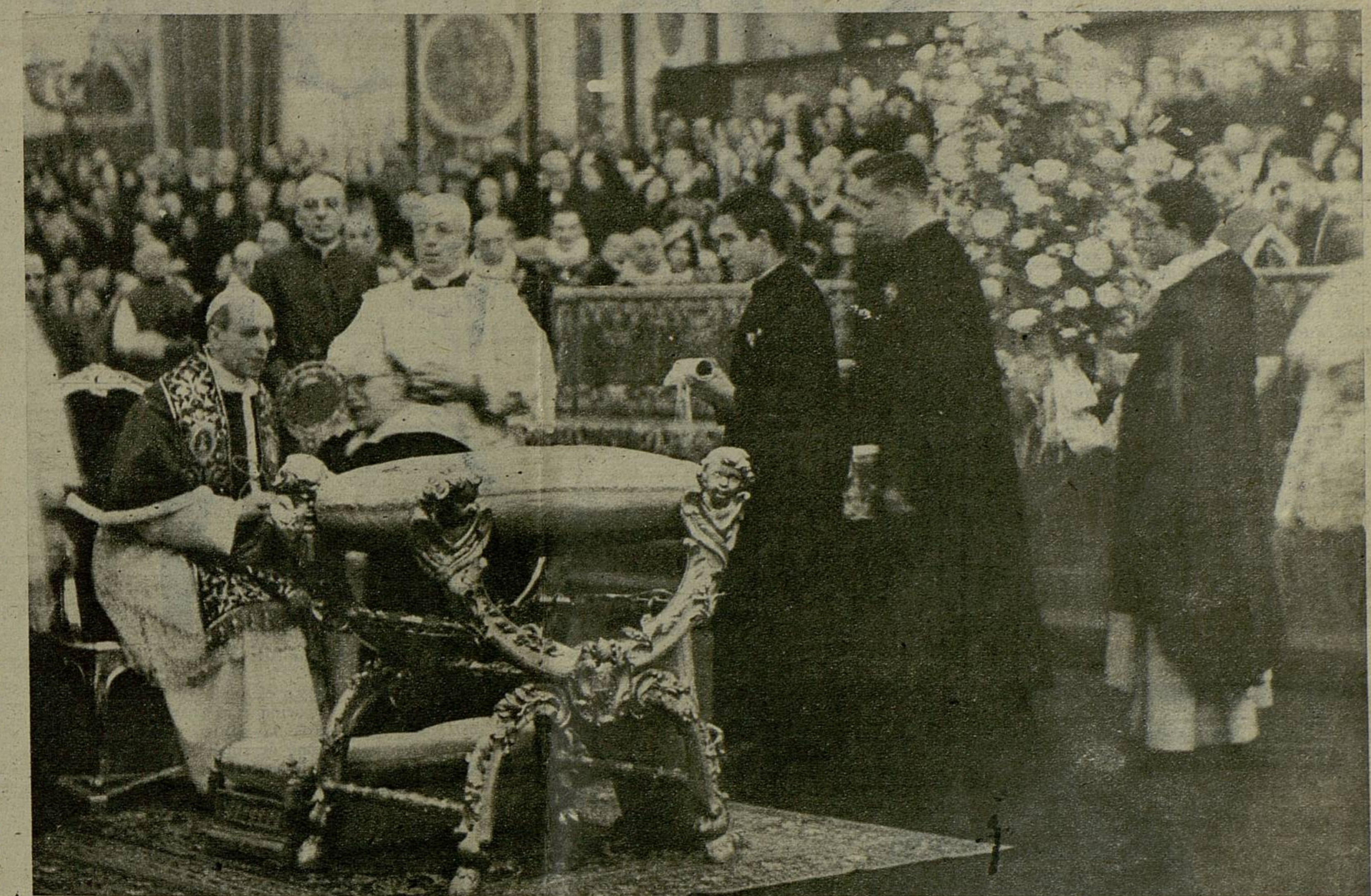
(Era el tercer premio que iba a jalonar la carrera literaria del padre Martín Descalzo. El primero, el Insula, lo obtuvo en 1952 con sus «Sonetos del Alba». El jurado es un dato considerable: Alexandre, Dámaso Alonso, Boussoño, Muñoz Rojas y José Luis Cano. Después, cuando ya empezábamos a ser viejos amigos, obtuvo el Naranco para novela corta por su «Diálogo de cuatro muertos». Ya el padre Martín Descalzo estaba «acostado» en Valladolid y yo le había incorporado a la hoja literaria de «El Norte de Castilla». El padre Martín Descalzo venía dando semanalmente un artículo apasionado y apasionante. Artículos, los suyos, como pirámides, en cuyo vértice, ineluctablemente, estaba Dios. Ahora recuerdo dos recientes, magníficos, con motivo de la muerte de Papini y el Nobel de Juan Ramón. El padre Martín Descalzo sabe ya mucho de los apremios del periodismo. En fin, estas cosas consolidaron nuestra amistad. Nos veíamos con menos frecuencia de lo que ambos deseáramos, en mi casa, y charlábamos. No soy hombre de muchas palabras y procuraba dejarle hablar. Me entusiasma, siempre me entusiasma, su ardimiento. Y también su je. El padre Martín, en nuestras charlas, seguía enseñándome muchas cosas, tal vez sin él darse cuenta, sin sospecharlo

SU AUTOR ES EL RDO. JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

do y apasionante. Artículos, los suyos, como pirámides, en cuyo vértice, ineluctablemente, estaba Dios. Ahora recuerdo dos recientes, magníficos, con motivo de la muerte de Papini y el Nobel de Juan Ramón. El padre Martín Descalzo sabe ya mucho de los apremios del periodismo. En fin, estas cosas consolidaron nuestra amistad. Nos veíamos con menos frecuencia de lo que ambos deseáramos, en mi casa, y charlábamos. No soy hombre de muchas palabras y procuraba dejarle hablar. Me entusiasma, siempre me entusiasma, su ardimiento. Y también su je. El padre Martín, en nuestras charlas, seguía enseñándome muchas cosas, tal vez sin él darse cuenta, sin sospecharlo

siquiera. Me asombraba, a su edad, el volumen de su cultura literaria, aunque él disimulaba su erudición y aún sus altas, precisas y apasionantes ideas sobre las cosas. Su palabra me sentaba. Oyéndole me sentía orgulloso de ser católico y hasta me parecía que él, en cierto modo, era «culpable» de ello.)

La Radio Nacional de Barcelona, tras una entrevista a Díaz-Plaja, nos trajo la antelutina votación: «Central eléctrica», 5 votos; «Los clarines del miedo», cuatro votos. Acrecieron los nervios. La expectación en torno al receptor era solemne, maciza. Al cabo, sobre la



José Luis Martín Descalzo ante el Papa (primero de la fila)

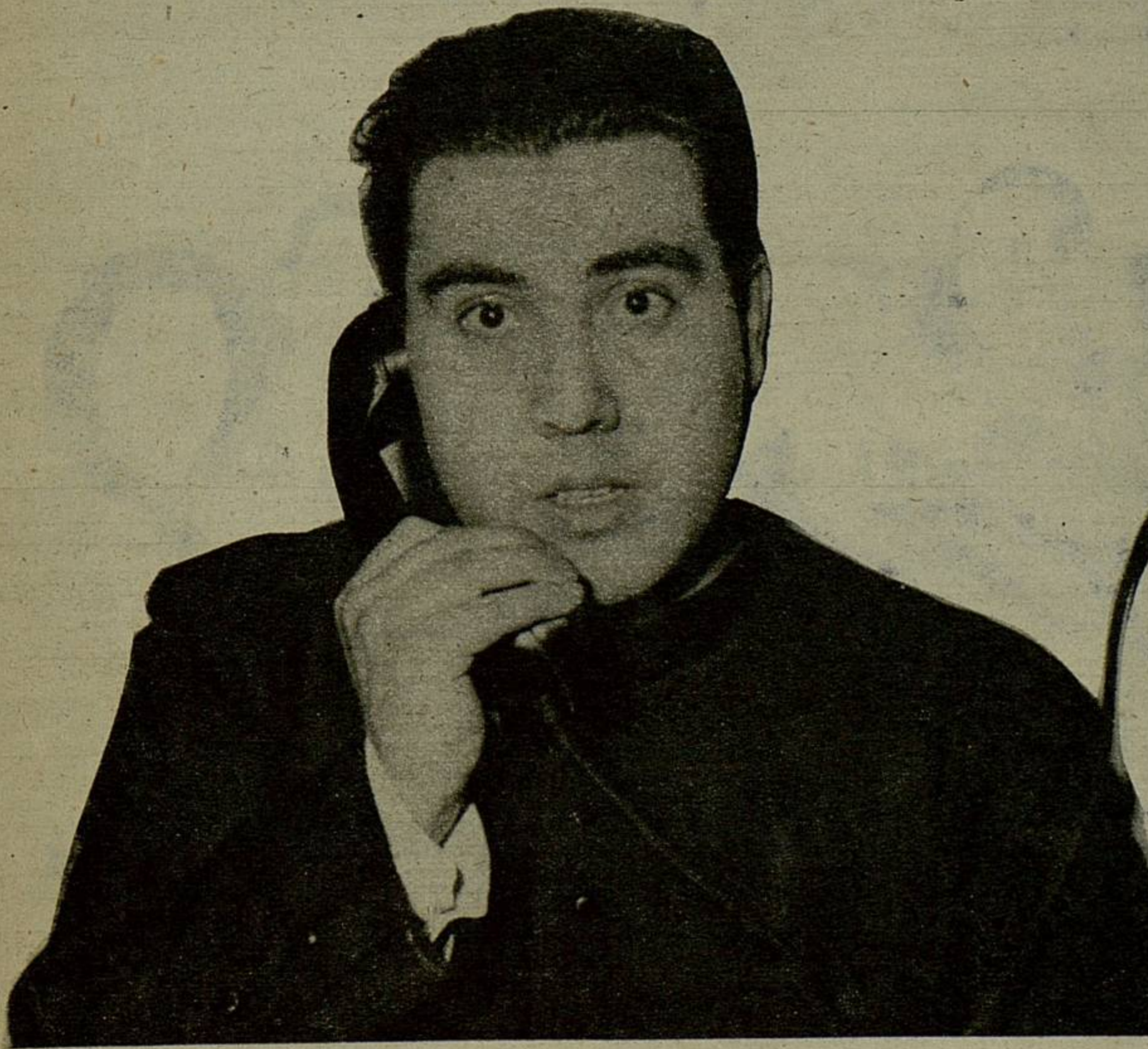
voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida. Se puso mi mujer: «Conferencia de Barcelona — dijo —. ¿Esto es que se lo han dado? Tomé el auricular: «—Valladolid, sí. ¿Quién llama? —Vergés. —¿Salís Martín Descalzo, al fin? —Sí, acabamos de votar. ¿Dónde puedo localizar yo a este hombre? —Llama al 6737 — dije —. ¡Adiós! Colgué apresuradamente. Quería ganarle por la mano. Entonces se entabló un forcejeo tenaz. Vergés quería el 6737 sin perder el hilo. Yo llamaba al mismo número. La radio, a mi lado, seguía haciendo trivialidad, como si el nuevo Nadal aún no hubiera nacido. A intervalos oía la voz de Vergés, levemente irritada, y la de la señorita telefonista. En un «claro» conseguí línea. Se puso el propio padre Martín Descalzo. «—Quiero ser yo el primero en darte un abrazo — dije —. Se le quebró la voz.

—¿Qué ocurre?
—He hablado con Barcelona. ¿Eres Premio Nadal!
—Le oí comunicar a sus padres la noticia: «—Me lo han dado! ¡Me lo han dado!
Luego no pudo hablar más. Le dije que colgara, pues iban a llamarle del Hotel Oriente. La radio, al fin, dijo: «—1956 ya tiene «Nadal», el padre José Luis Martín, cuya novela... Pero nosotros ya andábamos en la calle.

(El padre Martín Descalzo no empezó a escribir aquí. El vicio de llevar cuartillas le agarró temprano. El padre Martín Descalzo siempre ha ido un poco adelantado. Sin embargo, nunca fué niño prodigio. Ha debido tener desde chico el suficiente talento para ser prodigio sin parecerlo. A los dieciocho años, para ir al Colegio de Roma, se puso calzón largo, porque su tío, el cura viejo, se negó a que se presentase en bombachos. El rostro del padre Martín Descalzo, de por sí añorado, trasciende lealtad, sinceridad y simpatía. Entre eso y que siempre navegó adelantado, al llegar a Valladolid para cursar el primero de Filosofía en el Seminario Mayor, un compañero le dijo: «¿Qué pintas tú aquí arriba?». «Soy del primero» — respondió José Luis Martín Descalzo. «Eso es abajajo» — le dijo el otro. Abajo se cursaba el primero de Latín, del Seminario Menor. Cuando se confirmó que José Luis Martín Descalzo cursaba Filosofía, los compañeros corrieron hacia el benjamín del grupo a comunicarle la fausta nueva: «David, David — le vocearon —. Ha llegado uno más pequeño que tú».)

En Roma, por aquello de que el padre Martín caminó siempre un poco adelantado, tuvo que aguardar un año para ordenarse, y eso después de obtener dispensa para hacerlo año y medio antes de cumplir la edad reglamentaria, los veinticuatro años. El 19 de marzo de 1953 se celebró su ordenación. El 28 del mismo mes cantaba su primera misa en Valladolid.

Pero creo que decía más arriba que el vicio de escribir le agarró temprano: en tercero de latín, según propia confesión, el padre Martín Descalzo escribió más de 10.000 versos.)



Momento de la confirmación telefónica de haberse concedido el Premio «Nadal» a Martín Descalzo. Aún no lleva puesto el alzacuello que se pondrá para las siguientes fotos

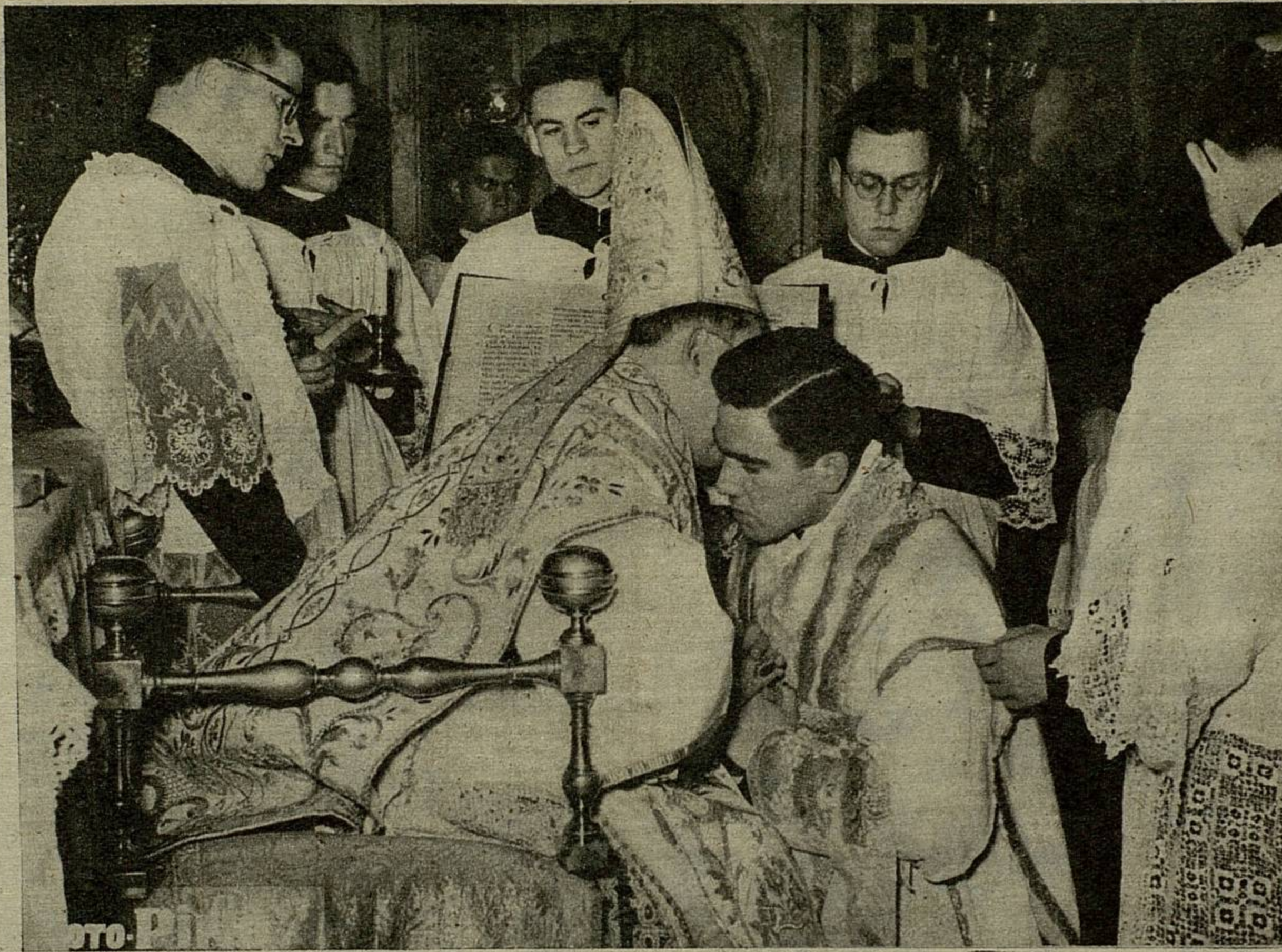
Antes de salir de casa yo traté de confirmar al fotógrafo la necesidad de sus servicios. Este, con fino olfato, ya estaba en la casa del premio cuando llegué. Su premura le valió poder obtener la fotografía que acompaña a esta información, en la que el padre Martín Descalzo escucha por teléfono la comunicación oficial del premio. Respondo de su autenticidad. El padre Martín Descalzo, como puede verse, aún no tiene puesto el alzacuello. Es un detalle. El fotógrafo le sorprendió en «negligé». Luego le abracé yo, y al hacerlo sentí una rara emoción. Esta cosa del Nadal — por encima, en este caso, de una amistad entrañable — crea indudablemente un vínculo. Los padres del padre sacan champaña. El hermano, unos «suculentos habanos». Empezó a bordonear el teléfono. Luego no lo dejarían en toda la noche. Barcelona, Madrid, Valencia... Ambiente de nervios, te juro. El Premio Nadal nace en 1956 con dolor de cabeza. A pesar de ello llega el emocionado brindis por la suerte de «La frontera de Dios». El flamante Premio Nadal 1956 junta sonriente su copa de leche (a las ocho de la mañana celebra misa) a las de champaña de sus familiares y amigos. El teléfono de nuevo. El padre Martín Descalzo lo toma y nos hace un guiño: «—La United Press — dice. Seguimos el monólogo en expectante silencio: «—Sí, sacerdote, pero no carneltita. Descalzo es apellido».

(Al padre Martín Descalzo no le asusta trasnocharse. El debe estar habituado. Su noble ambición no debe permitirle excesivo reposo. El padre Martín Descalzo es un joven cura revolucionario. A poco de llegar a Valladolid volvió el espíritu de sus hombres como quien vuela el bolsillo de un gabán. Arremetió contra nuestro cristianismo conformista y rutinario y teórico y lo puso patas arriba. La ayuda no le vino mal al padre Marcelo González, otro gran luchador por un cristianismo más profundo y operante. Pero aún no dije que el padre Martín Descalzo se afirmó en Valladolid ganando por oposición la cátedra de Literatura del

CONTINUA EN LA PAGINA SIGUIENTE

Seminario. Echó raíces, vaya. Aparte estaba lo de coadjutor en la parroquia de Santiago y lo de consiliario de A. C. Universitaria femenina. Aparte estaban muchas otras cosas que el padre Martín Descalzo echó voluntariamente sobre sus espaldas. El padre Martín Descalzo es un infatigable trabajador. Es una fuerza espontánea, en pleno vigor físico, que volará muy alto si los desencantos y las ingratitudes y las incomprendiones no le cortan las alas prematuramente. Ya en Roma dió pruebas de inquietud. El fué uno de los fundadores del grupo «Estria», del cual fué José María Javierre el iniciador. Con ellos Montalvillo, Montero, Revuelta, García Amor, Montaña y Peralta. Después se agregarían Schöckel y Cabodevilla. Todos influidos por José María Valverde.

En Valladolid, su fogosidad encontró vasto campo: organizó el cineforum, las lecturas y coloquios teatrales — job, qué magníficos sus puntos de vista sobre «El Renegado», «El cuarto de estar», etc. — e inició su colaboración entusiasta en los folletos P. P. C. Aparte pongamos sus obligaciones de catedrático y coadjutor; aparte, sus conferencias y sermones. Al azar abro su diario: «16, de noviembre 1956. 8, misa; hasta 10 y media, confesionario. 11, entierro; 1, conferencia en la Normal; 3 y media, clase en Seminario; 5, visitas; 5 y media, charla en la Enseñanza; 8, reunión delegadas menores de A. C.; 9, Círculo de estudios



Otro momento de la ordenación sacerdotal de José Luis Martín Descalzo



José Luis Martín Descalzo (sentado en el suelo a mano derecha) con sus compañeros de «Estria», el grupo literario

con la J.U.M.A.C.). He aquí la vida, el día del último Premio Nadal.)

La madrugada, tras la tensa fatiga de la espera, no era coyuntura propicia para la charla. Además, estaba el teléfono. Fué necesario citarnos a la hora de desayunarnos para poder dirigir al Nadal 1956 unas preguntas reposadas. Pocas.

—¿Tus maestros como novelista? —Graham Green, Dostoiewsky y Bernanos.

—¿Qué añades a sus ideas sobre la novela?

—Una visión más serena. Frente a la angustia de ellos por encontrar algo, opongo la tranquilidad de quien ya ha encontrado.

—En una novela, ¿buscas algo además de su valor literario?

—Al terminar una novela me pregunto: «Esto, ¿para qué me sirve?». Me parece exacta una frase de Claudel: «La belleza está hecha para algo muy distinto del placer». En determinados momentos puede agradar una novela que proporcione horas felices. A mí, sinceramente, si no hay más no me interesa.

(Las ideas del padre Martín Descalzo sobre literatura no son de hoy. Son las ideas que ha sostenido — y practicado — en una obra de cierta vastedad y notoria coherencia. Sus libros, además de los citados más arriba, son: «Fábulas con Dios al fondo» (poemas inéditos) y «Un cura se confiesa», obra confidencial, apresurada, con páginas verdaderamente impresionantes. Sobre esto, una extensa relación de folletos de Propaganda Popular Católica: «Yo he llegado a curar», «Fray Juan de la Mano Seca», «Cortesía con Dios», «Cristianos de tercera división», «Si Cristo volviera» (donde late la misma preocupación que en «La frontera de Dios»), «Creo en el demonio» y «Fábula del ángel cojo». Para dar una idea de la popularidad y difusión de estos títulos bastará decir que entre los citados suman una tirada de cerca de medio millón de ejemplares.)

El padre Martín aguarda impávido la nueva andanada. «No conseguí dormir en toda la noche» — me dice. Y añade: «Como las buenas noticias tampoco vienen solas, acabo de recibir una carta en la que me anuncian la edición italiana de «Un cura se confiesa». Tiene ojos de fatiga, pero ni la noche de insomnio ha dominado su energía, su buen, envidiable orden mental.

—¿Crees —le digo de pronto— que el sacerdote-escritor responde a la misma exigencia social que el sacerdote-obrero?

—En el fondo vibra la misma preocupación y acechan los mismos peligros. Yo sentiría equivocarme como alguno de aquéllos se equivocó, pero confío en que entre todos habremos hecho acto de presencia del sacerdote en el mundo contemporáneo.

—¿Es eficaz el apostolado desde la novela?

—Sí, pero es difícil. El cura dice: «Pon esta frase». El novelista dice: «Pon esta otra». El equilibrio es casi imposible.

—¿Atrae el sermón?

—Hay que frenarle en muchos momentos porque tira de uno. Si la novela tiene suficiente pasión humana, equilibra lo que el sermón pueda tener de declamatorio.

—¿Cómo ven tus compañeros esto?

—Es lamentable que muchos no comprendan que ésta puede ser una actividad sacerdotal. Al comunicar mi idea de hacer una novela, uno me dijo: «Quid hoc ad aeternitatem?».

—¿Germen de tu libro?

—Dos cuartillas que escribí en el año 1952. Lo titulaba entonces «No queremos milagros en el pueblo». Tal vez nació la idea después de ver la película francesa «Dios tiene necesidad de los hombres». De ahí también que mi idea fuese en origen para un guión cinematográfico. Espero que no pasen inadvertidos los valores plásticos de la novela.

—¿Primer desarrollo del germen? —Verano de 1953. Desarrollé en quince folios el argumento.

—¿La forma definitiva?

—Escribí la novela en treinta y tres días. Quince en el verano de 1955. Una semana en las Navidades del mismo año y los diez restantes en el verano de 1956. Más tiempo tardé en encontrar título adecuado. «La frontera de Dios» resume perfectamente el argumento pero trasciende a cosa conocida. El primitivo título, «No queremos milagros en el pueblo», me resultaba largo. Pensé en «El becerro de oro» y así tenía hechas las copias hasta el mismo día de depositarlas en el correo, en que me decidí por «La frontera de Dios».

—¿Cómo ves la novela, el teatro y el cine, como conjunto, en relación con Dios?

—A mis alumnos les señalo esta curva. Edad Media: máximo teocentrismo. Todo, en esta Era, se concentra en Dios, quizá excesivamente, con desprecio de los valores humanos. Segundo, Humanismo. El Humanismo podía haber logrado la síntesis de los valores humanos y la religión, pero por una serie de factores esta unión no se logra y nace el antropocentrismo. Todo gira en torno al hombre y Dios va siendo desplazado gradualmente hasta llegar al máximo del desplazamiento en los finales del siglo XIX. Precisamente en este momento nace el retorno con Dostoyewski. Ahora asistimos al momento de ascensión religiosa en lo literario. Precisamente por atravesar el momento de crisis violenta no es fácil lograr una postura perfecta de novela o arte católicos.

(Confidencial: Uno, aparte los saberes y prendas que adornan al padre Martín Descalzo, dispone de otras razones, profundas razones, para estimarle. El padre Martín Descalzo es el cura de uno, el cura de las misas de los domingos de uno. Los domingos, a esa hora absurda de las ocho de la mañana, esa hora absurda, que bien mirado no es carne ni pescado, pero en la que se oyen diáfanos las horas de los relojes de todas las torres y el restregar, no me nos diáfano, de todas las escobas de todos los barrenderos; a esa hora absurda en que el Pisuerga se desviste de nieblas y humedades, yo — dicho sea con perdón — y mi cuadrilla, llegamos pin pianito a nuestra misa de cazadores, que es la suya, la del padre Martín Descalzo. La suya, y la nuestra, es una misa conmovedora del trastrochador honesto, media docena de chachas pizpivetas, cinco cazadores — uno (el burro delante) y su cuadrilla — y cuatro bomberos del retén. Y en las vidrieras de la iglesia amanece Dios cada mañana; ¡un Dios de muchos colores. Y uno, si alguno de la cuadrilla se desmanda, o se le pegan las sabañas — que todo es posible — sale al atrio a entretener al padre Martín Descalzo unos minutos, hasta que el rezagado llega. Y el padre Martín — brillante vencedor del Nadal 1956 — se muestra tan comprensivo y razonable que, como quien no quiere la cosa, se deja entretener sin rechistar.)

MIGUEL DELIBES



Martín Descalzo brinda con leche para poder decir misa al día siguiente; sus hermanos y amigos lo harán con champaña

DON ALVARO O LA FUERZA DE LA MALEDICENCIA



Por Miguel DELIBES (Premio Nóbel)

Publicado en "Vivi al día"

MI primer contacto con don Alvaro de Luna—que fué el primer contacto con la muerte—data de los tiempos en que yo estudiaba el «Epítome del párvulo». Aun recuerdo, en la página de la derecha, según se mira, un luctuoso grabado a pluma, de autor desconocido, que representaba el cuerpo de don Alvaro, enfundado en ropajes negros, momentos antes de ser enterrado por los frailes de la Misericordia en la iglesia de San Andrés, de Valladolid. La cabeza, que durante nueve días estuvo exhibida pendiente de un garabato, en la plaza Mayor, para escarmiento del pueblo, había sido superpuesta groseramente por el dibujante de forma que se hiciese ostensible el degüello. Don Alvaro, tendido sobre un túmulo, recubierto de luto y con cuatro hachones en los vértices, ya no era valido, ni el objeto de la ira real; era, simplemente, un retazo de historia. Y el «Epítome del párvulo» aclaraba más o menos que Juan II era un Rey artista y don Alvaro de Luna, su valido, hasta que dejó de valerle, mas uno que entonces era un párvulo, sin otra cultura que aquel epítome, no se explicaba que del valimiento al cadalso no hubiera más que un paso, o que en la senda sinuosa de la política anduviera el odio tan cerca del amor. Y el «Epítome del párvulo» decía simplemente: «Unidos los esfuerzos de la Reina y la nobleza hicieron recelar a don Juan II de la fidelidad de don Alvaro, quien fué injustamente acusado y ejecutado días más tarde en la plaza Mayor de Valladolid».

Los párvulos nos asombrábamos de que en nuestra plaza Mayor se hubiera perpetrado un crimen así, pero recitábamos la historia de don Juan II con su música y su letra, porque eran los tiempos en que cada terra tenía su música, y, a veces, la música ayudaba a la letra, y a la inversa. Mas, desde entonces, mis paseos por la plaza Mayor fueron acompañados de una sombra siniestra. La banda de música del regimiento de Infantería de San Quintín interpretaba «Agua, azucarillo y aguardiente» desde el quiosco levantado en el centro y hacía esfuerzos por ahuyentar los fantasmas de mi espíritu. Mas yo veía, en vez del quiosco, el cadalso, y al verdugo Juan González en vez de al director de orquesta. La gente era la misma, y aun el Ayuntamiento, y hasta la cadena de soportales que circunda la plaza. Mas la gente, en lugar de aplaudir, crispaba los puños y pedía a voces la cabeza de don Alvaro. Pero eso ocurrió antes, casi cinco siglos atrás, muchas generaciones atrás. Ahora aplaudían a la banda de San Quintín, pero uno sentía, aunque recitase la lección de Don Juan II de Castilla, cada tarde monótonamente, con su música y su letra, un inevitable estremecimiento.

DE PORTILLO A VALLADOLID

Don Alvaro de Luna llegó a Valladolid el 1 de junio de 1453, procedente de la fortaleza de Portillo. Este pueblo ofrece en nuestros días la particularidad de ser dos. Arriba, sobre un teso de yeso cristalizado, se asienta Portillo, y abajo, en la falda, entre los trigos y los pinares, está el Arrabal. Situado en la carretera Valladolid-Segovia, Arrabal de Portillo es un pueblo netamente castellano: Austeridad viril y, en lontananza, suaves ondulaciones femeninas. Tierra dura y frágiles edificaciones de adobe. Tan sólo, aun en nuestros días y con excepción de la iglesia, es el castillo que sirvió de prisión al Condestable, el único edificio construido en piedra.

Tal como hoy están las comunicaciones, cuyo trazado es posible no difiera en substancia del de entonces, don Alvaro hubo de recorrer, caballero en lánguida mula, aproximadamente 26 kilómetros. El itinerario del Condestable tiene forma de «4», ya que don Alvaro entró en Valladolid por lo que en la actualidad es carretera de Madrid; es decir, don Alvaro de Luna dejó el camino de Segovia en Herrera de Duero y por lo que es hoy carretera de las Maricas. abocó a la de Madrid en el cruce de Boecillo. Aquí, el suelo es arenoso y los cultivos, aparte los extensos bosques de pinares, son el cereal y la vid. Posiblemente los ojos de don Alvaro no contemplasen distintos panoramas, supuesto que los ensayos de otros cultivos no han dado resultado en nuestros días. Cruzado el Duero, rutilante en el mediodía primaveral, y a las puertas del convento del Abrojo—cuyos sólidos muros se cotizan en la actualidad por encima de las tierras que cobijan—, la comitiva tropezó con fray Alonso de la Espina, franciscano, quien se unió a la expedición y acompañó a don Alvaro hasta su última hora. Fué fray Alonso quien informó al Condestable de la sentencia, confortándole con estas palabras: «Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte». A lo que don Alvaro respondió elevando los ojos al cielo: «Bendito seas, Dios y Señor que gobiernas el mundo».

Frente al Abrojo existe hoy una casilla derruida de peones camineros y un pinar que se extiende varios kilómetros pegado al costado norte del Duero. En estos primeros días de junio, esta zona se anima con el canto de los grillos y el rumor sensual de las tórtolas en celo. El aire es tibio aún, si bien en el cargado aroma de los pinares se presiente la inminencia del verano.

Fray Alonso vivía en el convento de franciscanos del Abrojo, donde años después descansara don Juan de Austria, y que hoy es una finca particular. A este respecto, es curioso observar que si don Alvaro hubiese efectuado su triste jira cinco siglos más tarde, encontraría un oblato del Corazón de María motorizado y un seminarista escocés en el lugar donde topó con fray Alonso, y después, jalonando los últimos kilómetros del trayecto, una dominica francesa, un redentorista, un fraile de San Juan de Dios—en cuyo convento los mineros asturianos hacen cura preventiva contra la silicosis—, un hermano de la Doctrina Cristiana y, ya en la entrada de la capital, un agustino y una madre reparadora. Esto quiere decir, tradicionalmente, el clero vallisoletano buscó en la salida sur de la ciudad reposo para su espíritu.

«LA CASA DE DON ALVARO», ASEGURADA CONTRA INCENDIOS

Llegados a Valladolid, el prisionero y sus guardias se apearon en el palacio de Vivero, donde años más tarde se casarían los Reyes Católicos y donde en la actualidad tienen su sede los Tribunales de Justicia de la ciudad. Es posible que con esto se quiera borrar la gran injusticia cometida con el Condestable. No obstante su condición de prisionero, los servidores de Alonso Pérez de Vivero, a quien se había dado muerte en Burgos por orden de don Alvaro, acogieron a éste con gritos y detemplanzas, lo que aconsejó a las autoridades trasladar al cautivo a la casa de Alonso Estuñiga, en la calle Francos, que se conserva intacta en nuestros días. El edificio, que en aquellos tiempos debió ser un palacio, tiene una contex-

Oposiciones a escritor

EN poco más de un mes leo dos artículos de sendos jóvenes lamentando la escasez de oportunidades que hoy ofrece el país al escritor novel, derivadas de la incomprensión de los consagrados, del desdén de los editores y de la indiferencia de los directores de periódicos y revistas. Siempre he sentido, o he procurado sentir, los problemas ajenos como propios, y he puesto buen cuidado para que mi mentalidad no se fosilice ni se recluya en un compartimiento estanco que la priva de recibir los contactos benéficos y tonificantes de las nuevas olas. Pero la cosa es que, en el caso presente, entiendo que estos dos muchachos no tienen razón, ya que, aparte de que los directores de periódicos tendrían que doblar el número de páginas para publicar todo aquello que reciben de los jóvenes y los menos jóvenes aspirantes a escritores, es obvio que el número de concursos periodísticos y literarios que hoy se abren a los noveles, es, con el furismo, una de las pocas cosas que proliferan en el país. Quiero dar a entender con esto que el hecho de querer ser escritor, con ser importante, no lo es todo; es preciso, además, saber escribir y que el público consumidor demande nuestros escritos.

Es curioso que estos jóvenes impacientes se lamenten de que nadie les tienda una mano y citen un repertorio de nombres de escritores más o menos asentados en la literatura del país de los que, por supuesto,

ignoran no sólo si alguien en su día les tendió una mano, sino las penalidades y sinsabores que hubieron de sufrir en sus comienzos. Esto de querer sentar cátedra a los veinte años no creo que sea un mal de la época, sino una prueba más de la exuberancia juvenil propia de todos los tiempos y de todas las latitudes.

ES obvio que los puestos de trabajo no son muchos en el país ni tampoco fácilmente asequibles. Pero esto es así no sólo en literatura, sino en todo tipo de actividad. Será cosa de la pobreza del suelo, de la defectuosa organización social o de lo que ustedes quieran, pero es así. Ahora bien, y dando por bueno que el procedimiento selectivo de la oposición no sea el más aconsejable, resulta que de momento no hay otro, y todo aquel que en España aspire a una plaza de lo que sea debe avenirse a pasar por el aro. (Hace aún pocos años, un muchachito con matrícula de honor en todas las asignaturas y premio en la reválida de cuarto, fué desplazado por otro con premio en la reválida de sexto y después de realizar ambos unos ejercicios brillantes... ¡para la plaza de "botones" de un Banco!)

Si nuestra estructuración social es deficiente, ella debe ser el objeto de nuestra crítica. Pero, en cualquier caso, esos mismos defectos — por compara-

ción—deben llevarnos a pensar que las perspectivas del artista no son, ni mucho menos, tan sombrías como pretenden estos jóvenes. Al artista, al escritor, no se le exigen títulos ni edad para acudir a los concursos, o si se prefiere, a la oposición. Por otra parte, éstas —o los premios—se convocan sin pausa, constantemente, y constantemente saltan a la palestra nombres nuevos, muchos de ellos cuando no han cumplido o acaban de cumplir los veinte años—hoy, Luis Goytisolo, Payno, Nieto, Santerbás; ayer, Laforet...—. Las ocasiones, pues, son frecuentes, y el ambiente, propicio; no es cosa de desesperar.

Ocurre, sin embargo, que los españoles somos muy propensos a sobreestimarnos y a menospreciar a los demás. Lo nuestro siempre nos parece lo mejor. Y, en consecuencia, el país es injusto, porque publica lo malo o lo menos bueno y deja inédito lo mejor, es decir, lo mío. Yo creo que esto de someterse al veredicto de un jurado—siempre habrá alguno, pienso yo, que merezca nuestra confianza—debe ser un acto de humildad que hemos de aceptar con todas las consecuencias. Quiero decir, que el pastelero que no vende sus pasteles porque son malos, antes que obstinarse en censurar la falta de paladar de los presuntos clientes, debería alterar la receta y, llegado el caso, cambiar de oficio.

Miguel DELIBES

Desarme de corazones



MIENTRAS Rusia y los Estados Unidos maduran el proyecto de hacer una pira con los bombarderos atómicos, es decir, procuran allanar dificultades para conseguir un desarme general y completo, el mundo de la frivolidad se solaza a diario con espectáculos de violencia. Se trata de una dolorosa paradoja. 1964 nos brinda el contrasentido de pretender compaginar unas manos vacías con un corazón restallante; unos dedos sin pistola con unos corazones deseosos de dispararla. En estas circunstancias, es obvio que podría llegar a producirse en el mundo un desarme material pero los sentimientos de violencia, odio y venganza subsistirían. De poco vale, entiendo yo, no tener un garrote entre las manos cuando nos anima el propósito de abrir la cabeza a un semejante. Y, a la inversa, el garrote no representa un peligro cuando las manos que lo sostienen obedecen a un corazón que no desea descargarle sobre nadie. En una palabra, es preferible desarmar mentalidades que manos, mas como esta meta no parece de momento asequible tal vez represente algo positivo —por aquello de que a falta de pan buenas son tortas— dejarnos inermes ante la tentación. Una vez perdido el control, siempre será más leve una bofetada que un tiro.

Viene esto a cuento de que en el mismo periódico provinciano en que leo que los Estados Unidos y Rusia preparan un holocausto de bombarderos atómicos, la cartelera de espectáculos, aunque pequeña de talla, no puede mostrarse más desafortunada y agresiva. Vea el lector si cabe más furor pirotécnico en menos espacio: "Un balcón sobre el infierno", "Juegos de asesinos", "Hasta el último aliento" y "La ley de la horca" son los cuatro títulos que, a elegir, brindan las cuatro salas de proyección de esta pequeña capital. El más romo podrá observar que el aficionado al cine no tiene, aquí, escape. Y si compara esta cruenta cartelera con la noticia de la primera plana llegará a la conclusión de que entre una y otra no existe concordancia, de que unos y otros andamos jugando a los despropósitos, ya que mientras los dirigentes tratan de convencerse mutuamente de la necesidad de destruir

los peligrosos juguetes creados, invitamos a los dirigidos —espectadores de todos los cines del mundo— a construirlos de nuevo.

Sobre este asunto ya se ha hablado bastante y, sin embargo, observo que cuanto más se habla de él, menos se progresa; continuamos donde estábamos, sino más atrás. El gusto por la violencia crece y, lejos de arbitrar medios para evitarlo, le damos satisfacción en unas dosis que aterran. A poco que se frecuentan las salas de cine, un mediano espectador advertirá que un cincuenta por ciento de las películas que hoy se proyectan son violentas, un veinticuatro por ciento eróticas, otro veinticuatro estúpidas y del dos que resta apenas si habrá una estéticamente digna y otra humanamente plausible. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que el mundo se lo reparten el erotismo, la estulticie y la violencia. Y ante una opción tan limitada, los jóvenes espectadores se inclinan por la violencia ya que, a fin de cuentas, es la única postura seria que las pantallas les brindan. Si los mayores, que organizamos el mundo de los menores, declaramos apto el espectáculo, los menores lo aceptarán confiados y con todas sus consecuencias. Y a buen seguro, si el mundo de mañana organiza otra conferencia de desarme, el acuerdo será aún más arduo y problemático que lo está siendo en la actualidad. En resumen, el cuento de nunca acabar.

Se argüirá que si el cine sirve películas donde se exalta la violencia es porque el mercado las pide. Por estos derroteros iríamos a parar muy lejos y no, a buen seguro, a una meta muy optimista. Pero aun advirtiéndolo que si el cine es un negocio quienes lo mueven y controlan no pueden arrojar piedras contra su propio tejado, también resulta evidente que de seguir por este camino no serán piedras sino bombas las que arrojen sobre él. En suma, estas cosas tan delicadas hay que abordarlas con perspectivas de futuro, puesto que si ya es un paso deshacernos de los medios de agresión, es obvio que la paz nunca llegará a ser estable mientras no desarmemos los corazones de quienes los utilizan.

Miguel DELIBES

LIBROS CON SANTOS

por Miguel Delibes

ULTIMAMENTE se percibe en el mundo editorial español una inclinación creciente hacia los libros ilustrados. Mas ya no se trata de obras literarias con algunas fotografías, sino de auténticos álbumes fotográficos con alguna literatura. En realidad, el fenómeno no es espa-



ñol, sino que lo que acontece en España es sólo un eco retardado de lo que acontece en Europa y América. Orientación que, por otra parte, coincide con la aparición de buenas películas literarias, es decir películas que como «Proceso en Nuremberg» o «El Presidente», o «Becket» encuentran en el diálogo uno de los más eficaces recursos expresivos. Esto nos lleva a pensar si la relativamente vieja competencia «palabra-imagen» no se habrá resuelto partiendo la diferencia. Sea como quiera, la literatura, va derivando hacia un género híbrido o, para decirlo con palabras más simples, la literatura re-



"Vivir al día"



quiere hoy un soporte plástico para llegar a las multitudes.

Esto equivale a reconocer que, intelectualmente, el mundo retorna a la infancia. El hecho de que el hombre exija para su recreo los libros con «santos», demuestra que su curiosidad se ha hecho preferentemente visual y que es lógico, por tanto, que los editores hayan llegado al convencimiento de que hacer «tebeos» para mayores constituye un buen negocio. La gente nueva precisa informaciones que le entren por los ojos, tal vez porque la pugna verbal Este-Oeste ha desprestigiado la palabra llevando al mundo al escepticismo. Esto, sin olvidar la baza importante que en esta disposición del hombre nuevo hayan jugado los modernos medios de difusión: cine, televisión, revistas gráficas. Lo cierto es que el hombre de hoy nace con una curiosidad visual inagotable. Y no deja de ser peregrino el hecho de que el libro ilustrado, que debió ser lógicamente el arranque de este proceso, sea, de momento, su última manifestación. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de la imagen —como base de cualquier devaneo imaginativo— ha nacido en el hombre a medida que la plástica se erigía en medio expresivo de primer orden. Para la gente nueva, que bebe cada día en los documentales, la televisión o la revista gráfica, un libro sin «santos» constituye un espectáculo de una aridez, de una insulsez irresistible. La literatura en surcos, como el trigo, apenas se concibe ya.

Bardem dijo hace tiempo que la Humanidad está abocada a una nueva forma de cultura: la cultura visual. Y ante todo hay quien se permite vaticinar que la televisión terminará con los diarios y el cine con la novela. En realidad, nada termina con nada. Los periódicos —los que merecen tal nombre— aumentan sus tiradas en plena euforia televisiva y la seda sigue cotizándose a pesar del nylon y las fibras sintéticas. En el mundo hay sitio para todo y la aparición de productos o medios informativos más evolucionados no tiene por qué representar el fin de los que les precedieron sino, a lo sumo, su transformación, su adaptación a las exigencias del momento. Tal es el caso, creo yo, de los libros ilustrados, cuya proliferación, por otra parte, invita a pensar si la pereza mental que enerva a la sociedad de nuestro tiempo estará tomando proporciones desmesuradas.

"Le Nute de Carille"